



II

El Oriente.—Literatura.—Compilacion de las ideas y costumbres del Oriente segun los viajeros.—Naturaleza progresiva de estas explicaciones probadas por el Génesis, XLIV, v. 5 á 15.—Dificultades que han opuesto algunos escritores: pruebas que han facilitado autores más modernos.—Supónese que el versículo 4 del capítulo II de San Lucas no está conforme con ninguna ley conocida entre los antiguos; dificultades desvanecidas por un pasaje de un autor oriental.—Aclaraciones geográficas que han dado poco há Burton y Wilkinson.—Filosofía del Asia.—Reflexiones generales sobre la confirmacion que da de los principios fundamentales de la fe cristiana por la unidad de sus conclusiones en los diversos países.—De la filosofía oriental.—Su influencia en las doctrinas judías; frases de la Escritura explicadas por Bendsten.—Doctrinas del sabeismo; su utilidad para explicar algunas partes del Nuevo Testamento.—Opiniones de los samaritanos descubiertas poco há; explicase por su medio una dificultad que se halla en el capítulo IV de San Juan.—Escuela china de Laotseu; su doctrina de la trinidad sacada probablemente de las doctrinas judías.—Filosofía india; excesiva antigüedad que se le atribuye.—Opiniones de los modernos: Colebrooke, los Windischmann, Ritter.—Antigüedad supuesta del Ezur-Vedam; se ha descubierto que esta obra es moderna.—Indagaciones históricas.—Grave dificultad histórica en el capítulo XXXIX de Isaías, desvanecida con un fragmento de Beroso que se ha descubierto recientemente.—Impugnacion del origen de las ceremonias cristianas por su semejanza con el culto de Lama.—Descubrimiento del origen moderno de este sistema por unos escritos orientales

Los estudios orientales deben ciertamente facilitarnos aclaraciones de un orden diferente al que se refieren las que nos han proporcionado las otras ciencias. En efecto, no hay ningun ramo de literatura tan rico en pruebas y testimonios sobre la Biblia, como los estudios á que ha dado el título de *literatura profana oriental*. El epíteto *profano* es por desgracia equívoco, y yo desearia que tuviéramos otro que sustituirle, porque aplicado á unos estudios que no tienen esencial conexión con asuntos sagrados, casi parece que excita una idea de censura. Como se emplea con frecuencia para expresar, no sólo la falta de un carácter enteramente sagrado, sino asimismo una falta absoluta de santidad; y como sirve tambien para indicar la culpabilidad de ciertos actos que en otros casos serian indiferentes, tiene por desgracia la misma fuerza para algunos entendimientos cuando se aplica á los estudios literarios. Entre los errores del pensamiento que han nacido del uso de palabras equívocas, pocos hay más perjudiciales, y sin embargo, más comunes que este. Las expresiones de ciencia *secular*, ciencia *humana*, y aun ciencia *profana*, han sugerido realmente y fomentado el horror que algunas personas han manifestado á cualquier estudio que no fuera la teología. Sin embargo, estas expresiones son puramente relativas; y si se han presentado con esta fuerza, ha sido para ensalzar la teología, que supera necesariamente á todas las

demás ciencias, del mismo modo que cualquiera cosa dirigida hácia el alma y hácia los intereses inmateriales debe sobrepujar á todo lo que es puramente de origen terreno. Mas la sabiduría y la ciencia, donde quiera que se encuentren, son dones de Dios y frutos del libre ejercicio de las facultades que nos ha dado. Así como los cristianos de los primeros siglos no hacian escrupulo de presentar en sus monumentos más sagrados las efigies de los hombres, cuya ciencia ó escritos ingeniosos habian sido la gloria del mundo, aun en tiempos del paganismo, así podemos considerar el saber de tales hombres como digno de obtener un lugar entre los nombres célebres que han ilustrado la santa religion á que fueron consagrados aquellos monumentos.

Así, al mismo tiempo que considero tales estudios como dignos de nuestra atencion, tranquilizado con las observaciones que acabo de hacer, no tengo ningun escrupulo en incluir en la jurisdiccion de literatura profana los testimonios que pueden ofrecermé sobre la Santa Escritura los escritores orientales de más venerable carácter y más inclinados á las meditaciones piadosas, porque sólo empleo el epíteto de profana como el signo convencional de un orden de ciencia que se distingue de otras mucho más útiles y recomendables.

Dividiré en tres partes el asunto de estas aclaraciones; primero trataré de los testimo-

nios particulares que puede reunir la arqueología en Oriente; luego haré ver con algunos ejemplos las nuevas armas que nos han dado para la defensa de la religion nuestros adelantamientos en la filosofía asiática; y por último, trataré de manifestar con uno ó dos ejemplos escogidos el uso que puede hacerse de los documentos históricos del Oriente.

Las materias que constituyen la primera parte han gozado el aura popular en Europa por mucho tiempo y con justicia. Ninguna nacion ha enviado tantos viajeros atrevidos como Inglaterra para explotar el Oriente; y era natural pensar que querria dirigir la aplicacion del resultado de estas investigaciones, que habian venido á ser una parte de su literatura, para demostrar la autenticidad de la Sagrada Escritura. Así es que nos hemos visto casi inundados de relaciones de los viajeros sobre las costumbres, usos y opiniones del Asia, tres clases de noticias capaces de dar alguna luz sobre las narraciones de la Biblia. A veces son del todo inútiles los ejemplos que se ofrecen siguiendo el orden de los libros y capítulos de las Escrituras, y otras son insuficientes; en todo caso, no tienen el valor de los tratados sistemáticos que se han compuesto sobre las antigüedades de la Biblia, porque en estos están coordinados los resultados, y se cotejan con todos los pasajes con que al parecer tienen conexión. Apenas hay necesidad de observar que cualquiera que sea la utilidad que proporcionen tales compilaciones á la Religion y á sus divinos libros, esta utilidad lleva necesariamente un carácter progresivo. La mina es inagotable; todo viajero logra descubrir alguna relacion aún ignorada entre los habitantes antiguos y modernos del Asia, y á cada nueva edicion se aumentan los volúmenes de las obras de que he hablado. Las *Costumbres y literatura orientales* de Burder, traducidas al alemán por Rosenmuller, recibieron grandes y preciosas adiciones de este último, las que se tradujeron á su vez y se unieron á la obra original. Creo que tendria que aumentar el número de datos, si quisiera manifestar todo lo que puede recogerse en el campo de esta literatura. La Comision de traduccion oriental tenia mucha razon en decir que «la Santa Escritura abunda en expresiones y alusiones á ciertas costumbres, las más veces mal comprendidas en Europa, y sin embargo, usadas todavía en Oriente;» y que podian esperarse nuevas luces de la publicacion de otros autores orientales (1). Escogeré casi á la ventura un ejemplo que po-

(1) Report; Lóndres, 1829.

dria bastar para probar el carácter progresivo de estas investigaciones.

En el capítulo XLIV del Génesis, desde el versículo 5 al 15, se habla de una copa que usaba José para sus predicciones. Así, conservando el disimulo que habia juzgado conveniente guardar, envia á decir á sus hermanos: «La copa que habeis hurtado es en la que bebe mi señor y en la que tiene costumbre de predecir.» Y él mismo les dice: «¿Por qué haciais eso? ¿No sabéis que nadie se iguala á mí en la ciencia de la adivinacion?» Pues este pasaje dió margen en otro tiempo á una objecion tan grave, que algunos críticos habilísimos propusieron una alteracion en el texto ó en la traduccion, porque suponian que se hacia alusion á una costumbre sin ejemplo en los autores antiguos. «¿Quién ha oido hablar jamás, exclama Houbi-gant, de agüeros sacados por medio de una copa (1)?» Aurivillio pasa más adelante, y dice (2). «Confieso que podría ser probable tal interpretacion, si con el testimonio de algun historiador fidedigno se probara que los egipcios entonces, ó en época más remota, emplearon este modo de divinacion.» Burder, en la primera edicion de sus *Costumbres orientales*, dió á conocer dos maneras de predecir por medio de una copa, que sacó Saurin de Julio Sereno y Cornelio Agrippa (3). Mas ni una otra se aplican muy bien al pasaje de que se trata. El baron Silvestre de Sacy fué el primero que en los viajes de Norden manifestó la existencia de esta misma práctica en Egipto en los tiempos modernos. Por una coincidencia singular, dice Baram Cashef, dirigiéndose á los viajeros, que ha consultado su copa, y descubierto que son unos espías que van á saber de qué modo puede ser invadido y subyugado más fácilmente el país (4). Así queda satisfecha la condicion con que declaraba Aurivillio hace cosa de medio siglo que se contentaria para aceptar el sentido que ahora se da al texto. En la *Revista de Ambos Mundos* correspondiente al mes de Agosto de 1833, se produjo un ejemplo curiosísimo sobre el uso de la copa divinadora, de que habian sido testigos en Egipto los que lo contaban y varios viajeros ingleses; el carácter de dicho ejemplo es de los más extraordinarios y misteriosos.

Por lo demás, muy lejos de ser difícil en el día hallar un ejemplo de esta costumbre en

(1) Nota en loc.

(2) *Dissertationes ad sacras litteras*, etc.; Gotting. et Leipz., 1790.

(3) *Costumbres orientales*; Lóndres, 1807.

(4) *Crestomatia árabe*; Paris, 1806.



Egipto, podemos decir que ninguna especie de divinación es más común en todo el Oriente. En una obra china escrita en 1792, que contiene una descripción del reino del Tibet, se cita entre los medios divinatórios usados en este país el siguiente: «Algunas veces miran en una hortera de agua y ven lo que debe suceder (1).» Los persas parece también que consideraron la copa como el principal instrumento en los agüeros; sus poetas hacen constantemente alusión á la fábula de una célebre copa divinatória que en su origen habia sido propia del semidios Dshemshid, el cual la habia descubierto en los cimientos de Estakhar, y de sus manos habia llegado hasta las de Salomon y Alejandro, habiendo sido la causa de los triunfos y gloria de estos. Guignaut añade el nombre de José á la lista de los que la poseyeron; pero no sé en qué autoridad se funda (2). Todos estos ejemplos suponen que el agüero se saca por la inspección de la copa; pero hay otra especie de él. En esto me sirve de autoridad San Efreñ, el más antiguo de los Santos Padres siriacos, quien nos dice que sacaban oráculos de las copas tocándolas y prestando atención al sonido que daban (3). Así tenemos un número más considerable de explicaciones acerca de un pasaje que se reputaba inadmisiblemente hace algunos años, porque no se apoyaba en ningún otro.

Después de sacar este último ejemplo de un ramo de la literatura oriental muy descuidado en el día, no puedo ménos de buscar también en él la explicación de una dificultad que no se ha explicado hasta ahora según creo. En el capítulo II, vers. 4 de San Lucas, se dice que José tuvo que ir á Bethlehém, la ciudad de David, con la Virgen su esposa, para ser inscrito en el empadronamiento general de la población que se estaba haciendo. Indudablemente era una obligación, y sin embargo, no se ve ningún otro ejemplo de semejante práctica. Lardner, al proponer esta dificultad, sugiere una solución sacada de Ulpiano, quien nos dice que todos debían inscribirse en los lugares donde poseían bienes: «Aunque José, dice, no fuese rico, podía con todo tener alguna corta heredad en Bethlehém ó cerca de allí (1).» Sin embargo, esta respuesta no le satisface á él mismo, porque según su observación, si José hubiera poseído alguna tierra en aquel lu-

(1) A veces miran en una hortera de agua, y ven lo que debe suceder. *Nuevo diario asiático*, Octubre, 1829.

(2) Sobre Creuzer.

(3) *Opera omnia*, t. I, syr. et. lat.; Roma, 1737.

gar (*ager* es la palabra que usa Ulpiano), probablemente hubiera habido una casa aneja á ella, ó á lo ménos el arrendatario de la heredad le hubiera recibido bajo su techo. Además, la razón que da de esto el Evangelio, es porque era de la casa y familia de David. Sobre lo cual sienta además Lardner que era costumbre entre los judíos ser empadronados por tribus y familias, pero no podía haber ninguna necesidad de observar este método incómodo, ni tampoco se ve que haya existido jamás semejante uso. Con todo, el hecho es que hallamos un ejemplo de esta misma práctica en el mismo país mucho tiempo después. Dionisio nos dice en su crónica que Abdalmelíc hizo un padrón de los sirios en 1692, y que con esta ocasión dió un decreto formal, mandando que cada individuo se trasladase á su país, á su ciudad y á la casa de su padre para ser empadronado en ella; que diese su nombre y el de sus parientes con la cuenta de sus viñas, olivares, ganados, hijos, y en fin, de cuanto poseía. «Este fué, añade, el primer empadronamiento hecho por los árabes en Siria (2).» Esta sola prueba basta para quitar toda apariencia de singularidad á la circunstancia que se refiere en el Evangelio, y es inútil indicar la razón de ella.

Casi no puedo alegar un motivo para justificar la preferencia que doy á estos ejemplos sobre otros muchos que hubieran probado igualmente que este ramo de los estudios orientales, la indagación de las costumbres del estado físico y moral del Oriente, no cesará, mientras se siga su progreso, de resolver las dificultades, y derramar nueva luz sobre las narraciones de la Escritura.

Para acabar esta parte de mi asunto, hablaré de los conocimientos relativos á la geografía de los Sagrados Libros, que últimamente se han obtenido, y se deben á los descubrimientos hechos en la literatura egipcia. Así Burton nos ha dado á conocer la ciudad de Zoan del libro de los Números (XIII, 22), y de Ezequiel (XXX, 14), cuyo nombre jeroglífico ha descubierto y publicado (3). Del mismo modo Wilkinson ha ilustrado la discusión que se habia suscitado sobre No-Ammon ó No de Nahum (III, 8), Jeremías (XLVI, 25), y Ezequiel, porque ha probado que es el nombre egipcio puesto en lugar de Tebaida (4). La versión de los Setenta le ha traducido por Dióspolis, antiguo

(1) *Obras de Lardner*; Londres, 1827.

(2) *Assemani, Bib. orient.*

(3) *Excerpta hieroglyph.*, n. IV.

(4) Comunicado por sir W. Gell en el *Boletín del Instituto de correspondencia arqueológica*; Roma, 1829.



nombre de Tebas entre los griegos. En efecto, Champollion supone que el nombre de Tebas ó Thebæ es la palabra egipcia *Tape*, que significa *cabeza ó capital* en el dialecto tebano. La palabra hebrea *No-Ammon* es puramente egipcia, y significa la *posesión ó porción* del dios *Ammon*, como lo traduce también la misma versión *Meris Ammon* (Nahum, III, 8 (1)).

No se crea que el ramo de las investigaciones bíblicas sobre que me he extendido tanto, ha quedado enteramente abandonado en manos de escritores más literatos que doctos, tales como los de que he hablado. Al contrario, Sedman, y Forsko, después de Bochar y Celsio, han estudiado la historia natural del Oriente á fondo, y con sorprendente fruto Braun y Schroder han dado nuevas luces sobre las costumbres y usos de los judíos. También tenemos un libro de Bineo lleno de las indagaciones más curiosas sobre el calzado de los hebreos, *de calceis hebraeorum*. Pero pasemos á asuntos más importantes.

La filosofía del Oriente puede considerarse bajo diferentes puntos de vista, y bajo cada uno de ellos despedir diferente luz acerca de las verdades sagradas. Podemos simplemente ver en la filosofía de las diversas naciones una manifestación característica de su espíritu ó la señal distintiva, que es respecto de las operaciones de su inteligencia lo que las facciones exteriores respecto de sus pasiones características. Toda filosofía nacional debe necesariamente llevar la marca del sistema particular de pensamiento que la naturaleza ó las instituciones sociales, ó alguna otra causa activa, han dado al espíritu de un pueblo, y será mística ó puramente lógica, profunda ó á los alcances de todos, abstracta ó práctica, según el giro intelectual que prevalezca en aquel pueblo. La filosofía experimental que debemos á Bacon es el modelo fiel del hábito de pensamiento que distingue el carácter inglés, desde las meditaciones más elevadas hasta el raciocinio práctico. El misticismo abstracto, contemplativo y semidelirante del indio, es igualmente la expresión natural de su calma é indiferencia ordinaria, y el producto de los brillantes pensamientos que deben nacer en el ánimo de cualquiera que se sienta á meditar á las orillas de los majestuosos ríos de la India. Donde quiera que hay varias sectas de filosofía, podemos estar seguros de encontrar muchas que profesen doctrinas extrañas y á las veces contradictorias. De ahí provienen esos contrastes que advertimos en

(1) *Biblische geog.*, von E. F. K. Rosenmüller; Leipz., 1828.

los mejores filósofos griegos, y esa admisión de verdades elevadas, junto con la insuficiencia de pruebas en su apoyo, que se encuentra en el pensamiento más sublime de aquellos.

Por nuestra parte, viendo que todos los sistemas filosóficos de cada nación, aunque enteramente distintos en su carácter y fórmulas de raciocinio, sacan las mismas consecuencias sobre todas las grandes cuestiones de interés moral para la humanidad, nos vemos forzados á deducir, ó que una tradición primitiva, una doctrina común á toda la especie humana, y por consiguiente dada desde el principio, ha bajado hasta nosotros por estos numerosos canales, ó que estas doctrinas son tan esencial y naturalmente verdaderas, que las descubre y abraza el entendimiento humano bajo todas las formas posibles.

Los antiguos filósofos dijeron que toda creencia confirmada por el consentimiento unánime del género humano debía ser justa, y demostraron así la verdad de muchas doctrinas importantes y saludables. Gracias al estudio profundo de la filosofía de varias naciones, hemos logrado que adelante infinitamente la fuerza de este raciocinio, porque podemos decir ahora por qué principios se adoptaron aquellas doctrinas. Si hubiésemos encontrado un sistema que negase la inmortalidad futura del alma humana, fundándose en un método de lógica del todo independiente de una doctrina extraña, sin duda hubiéramos tenido que superar una dificultad de alguna importancia. Mas cuando vemos que el misticismo de los indios saca la misma conclusión que el razonamiento sintético de los griegos, debemos estar ciertos de que la conclusión es exacta. En los fragmentos que tradujo el coronel Wilks del *Ahleh-e-Naseri*, obra persa sobre el alma, se tratan con admirable penetración todas las cuestiones relativas á esta noble parte del hombre (1), y aunque por algunas semejanzas con la filosofía griega cree el traductor que aquellos raciocinios son tomados de ella, pareceme que el giro del pensamiento y la forma de la argumentación descubren un carácter positivamente original.

Así nuestras convicciones han adquirido nueva fuerza sobre puntos de creencia de la más imperiosa necesidad, porque son el fundamento del cristianismo; pero hay diversos sistemas de filosofía asiática que tienen una conexión directa con las Santas Escrituras, á causa de las impugnaciones ó alusiones que encierran, y

(1) *Memorias de la Sociedad Real asiática de la Gran Bretaña é Irlanda*; Londres, 1827.



una vez conocidos, pueden dar mucha luz sobre ciertos pasajes.

El principal sistema de estos es el que se conoce generalmente bajo el nombre de filosofía oriental, y se compone con especialidad de los dogmas misteriosos que formaban el fundamento de la antigua religión de los persas, de donde salieron las primeras sectas del cristianismo; la creencia en dos potestades opuestas que se combaten, el bien y el mal, la creencia en las emanaciones, principios intermedios entre la naturaleza divina y la naturaleza terrena, y de consiguiente el uso de términos místicos y secretos que expresan las relaciones ocultas existentes entre estos diferentes órdenes de seres creados ó increados. Esta filosofía penetró en todo el Oriente, y no pudo dudarse que su influencia se extendió entre los judíos al tiempo de la venida de nuestro Salvador, y que especialmente la secta de los fariseos siguió en gran parte sus doctrinas misteriosas. Aquella se introdujo en la Grecia, dejó profundas huellas en los sistemas filosóficos de Pitágoras y Platón, y obró sobre el pueblo por entre el denso velo de los misterios sagrados. En muchas de sus doctrinas se acercaba tanto á la verdad, que los escritores inspirados se inclinaron á tomar algunas expresiones de ella para exponer sus propias doctrinas. De ahí proviene que, conociendo nosotros mejor este sistema de filosofía, gracias al mayor grado de atención que hemos fijado en él, le hemos hecho servir para confirmar y explicar muchas frases y pasajes antes oscuros. Por ejemplo, cuando Nicodemo no entendía ó fingía no entender la expresión de Nuestro Señor: «que había de nacer de nuevo;» tal vez nos inclináramos á creer que el cargo siguiente es severo y algo duro en la forma: «¡Tú eres doctor en Israel, é ignoras esto (1)!» Mas cuando descubrimos que la expresión *nacer de nuevo* era la figura ordinaria con que los fariseos mismos indicaban en su lenguaje místico la acción de hacerse prosélito; que la frase pertenece á aquella filosofía, y que la usan los brahmanes hablando de los que abrazan su religión (2); vemos al punto cómo la persona á quien se dirigía una expresión tan oscura, debía entenderla perfectamente. Bendsten ha reunido con cuidado las inscripciones antiguas que contienen alusiones místicas sacadas de esta filosofía oculta, y las ha usado para explicar las frases

(1) San Juan, III, 3.

(2) Véanse los discursos del autor sobre la presencia real, Londres 1836, y la *Filosofía*, etc., de Windischmann.

del Nuevo Testamento (1). Basta decir que se ha reconocido que estas expresiones *luzes y tinieblas*, la *carne* y el *espíritu* y *vaso ó tabernáculo* del alma, hablando del cuerpo, imágenes tan magníficamente empleadas para exponer las doctrinas más puras del Cristianismo, pertenecen á aquella filosofía, y así han perdido la oscuridad que se les atribuía.

Vengamos á una secta particular ó modificación de este sistema. El descubrimiento de una secta de gnósticos existente todavía, pero sobre la cual se tenían pocas ó ningunas noticias hasta el fin del siglo último, nos ha facilitado curiosas aclaraciones sobre un pasaje difícil del Nuevo Testamento. Un tratadito poco conocido que publicó hace unos cien años el P. Ignacio de la Compañía de Jesús, misionero en Asia, reveló por primera vez á la Europa la existencia de una secta semicristiana, establecida principalmente en las inmediaciones de Bassora: sin duda descendía de los antiguos gnósticos; pero profesaba una veneración particular á San Juan Bautista (2). Llámanse estos sectarios nazarenos sabeos, mendeos ó discípulos de Juan; este último nombre es el que se dan ellos. No faltan pruebas para demostrar que existieron desde los primeros siglos, y toda su creencia está fundada en la filosofía oriental, es decir, en el sistema de las emanaciones. El profesor Norberg fué el primero que dió noticias más amplias respecto de ellos, publicando pocos años há su libro sagrado, el *Codez Adam ó Codez Nazareus* (3). Este libro está escrito en caracteres particulares y en un dialecto siriaco muy corrompido, y es sumamente difícil de comprender. Todavía está inédito su libro principal, que tanto deseaba Norberg ver publicado, y consiste en un rollo desmesurado cubierto de figuras curiosas; llámanle ellos su *diván*. La copia original existe en el museo de la Propaganda; el sábio cardenal Wisseman mandó sacar dos: la una para su uso, y la otra para la Biblioteca de la Sociedad Real asiática de Londres.

Bien se sabía que San Juan combatía claramente las sectas gnósticas en sus escritos, principalmente la de los ebionitas y cerintios. Esta circunstancia explicaba muchos pasajes que de otro modo hubieran sido oscuros, y nos hacia comprender por qué insistía constantemente

(1) En las *Miscelanea Hafnensia*; Copenhague, 1816.

(2) *Ignatius á Jesu, Narratio originis et errorum christianorum S. Joannis*.

(3) *Codez Nazareus liber Adami appellatus*, tomo I, Hafnive, sin fecha.



mente en la realidad de la encarnación de Jesucristo. Era evidente que el capítulo I de su Evangelio contenía una serie de aforismos directamente opuestos á las opiniones de los gnósticos: por ejemplo, como ellos sentaban por principio la existencia de varios *cones*, ó seres emanados, inferiores á Dios, y llamaban á uno de estos *el Verbo*, al otro *el solo engendrado*, al otro *la luz*, etc., y aseguraban que el mundo había sido criado por un espíritu malo; San Juan destruyó todas estas opiniones, probando que el Padre no tuvo más que un hijo, que este hijo es al mismo tiempo la luz, el Verbo y el solo engendrado, y que todas las cosas fueron hechas por él (1).

Pero en este prólogo sublime había otros pasajes, que no se explicaban tan fácilmente, ¿Por qué se insiste con tanto empeño sobre la inferioridad de San Juan Bautista? ¿Por qué se nos dice que *él* no era la luz, sino que solo debía dar testimonio á la luz, y se repite dos veces esta expresión? ¿Por qué se nos dice que San Juan Bautista no era más que un hombre ordinario? Estas aseveraciones reiteradas debieron dirigirse contra algunas opiniones existentes, que importaba refutar lo mismo que las otras; sin embargo, no conocíamos ninguna secta que pudiera haber dado margen á ellas. La publicación de los libros sabeos ha resuelto la dificultad según todas las trazas.

Cuando se publicó por primera vez el *Codez Nazareus*, muchos sábios se valieron de sus expresiones para explicar el Evangelio de San Juan, y se reputó por grandísima la evidencia que se obtuvo por este medio (2); pero luego la desecharon otros como leve, señaladamente Hug. Sin embargo, al registrar este libro no pueden menos de chocarnos ciertas opiniones indudablemente antiguas, que de positivo parece que tuvo presentes el Apóstol en la introducción entre la luz y la vida; en segundo, la superioridad de San Juan Bautista sobre Cristo, y en tercero, la identidad que se establece entre San Juan y la luz.

El primer error de estos era tal vez común á otras sectas gnósticas; pero en el *Codez Nazareus* vemos distinguidas formalmente la luz y la vida como dos seres diferentes. En este libro la primera emanación de Dios es el rey de la luz, la segunda el fuego, la tercera el agua, y la cuarta la vida (3). Mas San Juan combate este error en el versículo 4, en que dice: «Y la luz era la vida.» El segundo error,

(1) San Ireneo *Adversus hæreses*, I, I, cap. I, p. 20.

(2) Michaelis, introducción.

(3) Norberg, pág. 8.

que consistía en suponer que Juan era superior á Jesucristo, constituye el principio fundamental de esta secta; por eso se llaman sus miembros *Mende-Jaia*, discípulos de Juan. En una carta árabe del patriarca maronita de Siria, publicada por Norberg, se nos dice que adoraban á Juan con Cristo (1), á quien distinguían cuidadosamente de la vida. En tercer lugar identifican á Juan con la luz. Estos dos últimos errores resultan al mismo tiempo de este pasaje que tomo á la ventura en el libro: «Prosiguiendo mi camino y llegando á la prisión de Jesús, el Mesías, pregunté: ¿quién está preso en este lugar? y me respondieron: «esta prisión encierra á los que han negado la vida, y seguido al Mesías (2).» Después se supone que el Mesías habla al narrador en estos términos: «Dinos tu nombre, y muéstranos tu signo, el que has recibido del agua, el tesoro de esplendor, y el gran bautismo de la luz;» y viendo el Señor aquel signo, le adora cuatro veces (3). En seguida las almas que están con él, piden licencia de volver á sus cuerpos por tres días para ser bautizadas en el Jordán en nombre de aquel varón que le ha superado (4). Vemos, pues, aquí á Juan y su bautismo ensalzado sobre Cristo, al Mesías distinguido de la luz, y el bautismo de Juan llamado *el bautismo de la luz*. Ahora bien: no podemos menos de notar la precisión con que contradice el Evangelista cada una de estas opiniones blasfemas, cuando nos dice «que en Cristo estaba la vida; que Juan no era la luz, sino que daba testimonio á la luz;» y que el mismo Juan se confesaba inferior á Cristo. Sobre este punto las palabras mismas del Evangelio parecen ser escogidas de propósito para combatir el error. Juan da testimonio, y exclama diciendo: «Este era de quien yo dije: *el que ha de venir despues de mí, fué hecho antes que yo, porque era primero que yo.*»

Tenemos motivo para creer que las opiniones de esta secta extraña han variado mucho en el curso de los siglos; pero su conformidad con las doctrinas gnósticas y además algunas pruebas históricas, demuestran que esta religión no es moderna, y al parecer descende de los que recibieron el bautismo de Juan. En todo caso, la publicación de los documentos y las informaciones más amplias que hemos obtenido, han hecho ver que existían entre los

(1) Notas del prólogo.

(2) Tomo II, pág. 9.

(3) *Ibid.*, pág. 11.

(4) *Ibid.*, pág. 13. In nomine hujus viri qui te præterit.